

“De vuelta a casa, no al hogar”: devolución de una parte de la colección arqueológica de Minor Keith

Mónica Aguilar Bonilla¹

“En casi todos los países de América Latina y el Caribe, es un secreto a voces que, diariamente importantes bienes culturales desaparecen de sus lugares de origen o de los espacios en donde se encuentran. La lucha por recuperar los objetos desaparecidos se viene convirtiendo en un proceso no solo complejo y costoso, sino que enfrenta a los países en desigualdad de condiciones para atacar este problema pues, [...] por lo general son los países pobres o en vías de desarrollo los que se ven más afectados por este flagelo y, en la mayoría de los casos, no están en capacidad de desgastarse en un enfrentamiento por la devolución de bienes materiales [...], cuando sus esfuerzos debieran orientarse, principalmente, a la construcción de su futuro consolidando su propia personalidad e identidad y ello implica, evidentemente, la preservación de su Patrimonio Cultural” (Bákula, 2008, s. p.).

Introducción

La presente reseña pretende concienciar al lector sobre el significado que tiene el regreso de una parte de la “colección Keith” a Costa Rica. En este caso se hace referencia a alrededor de 5000 artefactos que adquirió el Museo de Brooklyn en la década de 1930. El total de la colección supera las 16000 piezas, las cuales

acumuló gradualmente y exportó Minor Keith, entre finales del siglo XIX e inicios del XX, procedentes principalmente del Caribe Central costarricense.

El significado del retorno de las piezas arqueológicas insta a reflexionar no sólo sobre los hechos históricos que

¹ Costarricense. Maestría Académica en Antropología. Profesora Escuela de Antropología Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: moniqueaguilar@gmail.com

facilitaron su extracción de los sitios arqueológicos, acumulación y salida del país, sino también sobre el desarrollo propiamente de la disciplina arqueológica, tanto en temas de investigación, como de la gestión que se está haciendo con respecto a este patrimonio.

El interés en el conocimiento sobre el pasado precolombino, como es conocido, ha estado determinado por diversos intereses ideológicos de las élites gobernantes. En primera instancia, la negación de las culturas indígenas durante la época de conquista y colonia, por parte de los españoles y sus descendientes, cuando sólo se valoraba la cultura material en cuanto al valor económico que se pudiera obtener de la fundición de ciertos objetos, principalmente orfebres. En segunda instancia, a partir del siglo XIX, por los liberales republicanos que abogaban por la homogeneización de los Estados Nación y la invisibilización de los referentes indígenas, para el caso arqueológico vistos de manera secundaria como bienes “artísticos” de culturas extintas.

Los estudios científicos que se hacían en ocasiones, tenían como característica principal el abastecer a museos locales y extranjeros de artefactos “llamativos” y, en algunos casos,

intentar vincular, desde la historia, los restos materiales con las sociedades extintas mediante el uso de explicaciones románticas e idealizadas sobre ese pasado. Sin embargo, desde el Estado no había mayor preocupación por regular la destrucción de sitios arqueológicos, ni por establecer programas concretos para investigar seriamente dichos contextos.

Más adelante se le dio un uso discursivo a los bienes arqueológicos, como parte de la construcción de la identidad nacional, por lo que se crearon mayores controles; pero siempre se veían estos bienes como una “riqueza/arte propiedad del Estado” y no como herencia que vinculaba a los costarricenses directamente con sus antepasados. Bajo esta premisa sobresale la figura del huaquero y del comerciante de colecciones.

El huaquero se encargaba de ubicar los sitios, gestionar los permisos con los dueños de la propiedad y, en el peor de los casos, con el Estado; mientras que los comerciantes formaban “lotes” o colecciones que se vendían principalmente a extranjeros y a algunos nacionales acaudalados, quienes los atesoraban como bienes de lujo.

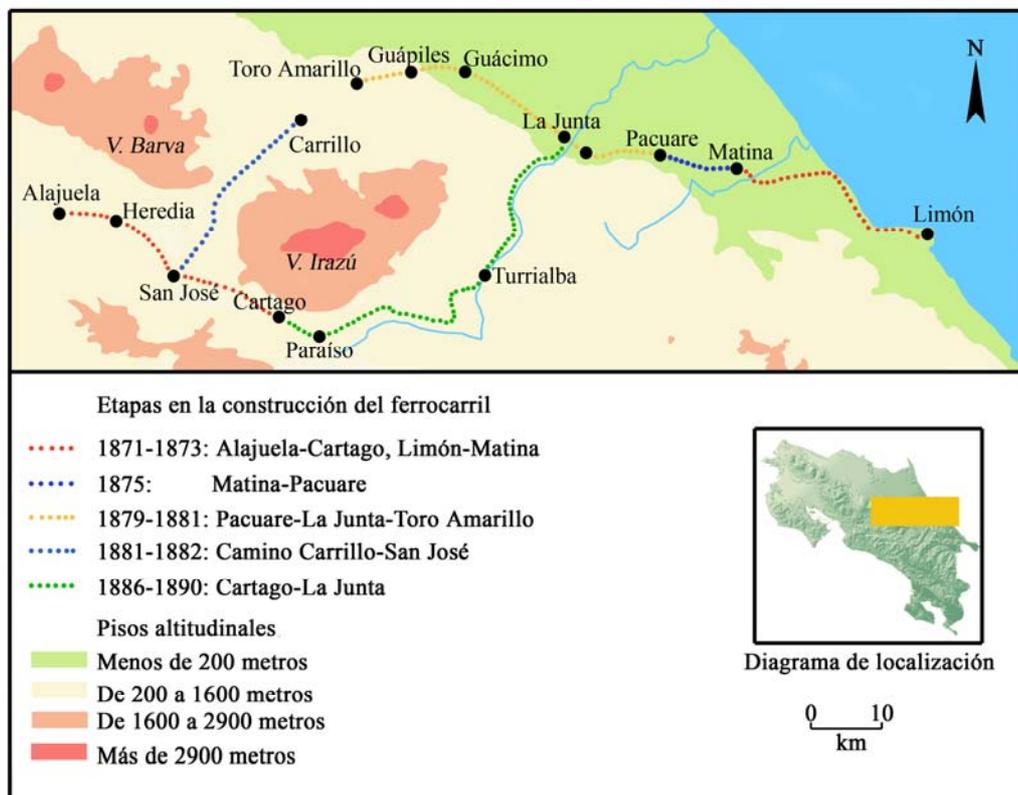
El interés de los extranjeros (viajeros, diplomáticos, exploradores, empresa-

rios y especialistas traídos por el Estado, entre otros) hizo que el negocio del huaquerismo y el trasiego fuera tan rentable, que muchos nacionales dedicaron gran parte de sus jornadas a la extracción de artefactos de sus contextos, principalmente funerarios. Inclusive, desde finales del siglo XIX, se reportan falsificaciones que eran vendidas como originales en Cartago y en otros lugares del país (Hartman, 1901). De igual manera hubo monopolio y control sobre los sitios que presentaban artefactos en mayor cantidad y belleza.

De los artefactos: historia exiliada, bienes repatriados

La colección Keith formó parte de muchos otros grupos y lotes de artefactos arqueológicos costarricenses que fueron exportados a diferentes países del mundo (principalmente Norteamérica y Europa) entre los siglos XIX y XX, en una época en la cual no existían las herramientas legales que lo impidieran e, inclusive, la disciplina arqueológica estaba en ciernes.

Figura 1
Tramo de la Línea Vieja, según su momento de construcción



Fuente: Fonseca, Botey, Muñoz, Pérez, y Viales, 1997, Modificado por Villalobos, en Aguilar, 2010

La mayor parte las piezas fueron sustraídas del Caribe Central de Costa Rica, zona comprendida por las llanuras del Caribe costarricense, por donde, a finales del siglo XIX y parte del siglo XX, pasaba la vieja línea férrea al “Atlántico”; “...el nombre de Línea Vieja se debe a que el primer ferrocarril en el Norte de Costa Rica atravesó parte de esta sección hasta llegar a Carrillo” (Stone, 1966, p. 16); y su construcción se realizó principalmente entre 1879 y 1881 (Murillo, 1994, p. 7) y atravesó localidades como Guápiles, Guácimo, Siquirres, entre otras (Stewart, 1967, p. 48). Debido, entre otros factores, a la incapacidad del país de poder autofinanciar una obra de tal envergadura, se brindaron concesiones de vastos terrenos alrededor de la línea férrea, que posteriormente se destinarían al cultivo del banano.

A finales del siglo XIX, Carl Hartman brindo un testimonio en sus diarios sobre las prácticas de saqueo en el sitio La Mercedes:

“Poco antes de su partida para Europa, el propio Keith había estado en el montículo y había dicho que pronto regresaría con 50

hombres para excavar todo el montículo, que él creía debía contener ricos tesoros de piedra. En muchas partes dentro del bosque, en diferentes lugares, se veían montículos y tiestos [...] En la propia calzada de piedra de la casa se habían usado figuras de piedra quebradas y una antigua piedra cilíndrica de sacrificio, con una corona de cabezas de animales cerca del borde superior, ahora servía para propósitos prácticos como base para herrar las mulas y también como piedra para afilar los machetes. Decidí regresar aquí y comenzar investigaciones en este lugar y Williamnsburg primero. Desde aquí se pueden transportar más fácilmente objetos de piedra a Limón que desde las tierras altas” (Hartman, 1991, p. 37).

De esta forma es como se dio una de las mayores depredaciones de sitios arqueológicos en la provincia de Limón, cuando, debido a los trabajos de remoción de suelos para la construcción del eje ferroviario y cultivo del banano, quedaron al descubierto gran cantidad de sitios arqueológicos, principalmente cementerios y sectores con arquitectura monumental; lo cual fue aprovechado por Keith y otros para la captación de las piezas; para lo tenía cuadrillas de peones especializados en la tarea.

Durante casi un siglo la colección Keith, ha permanecido dividida entre el Museo de Historia Natural de New York, el Museo del Indígena Americano (Fundación Heye) y el Museo de

² El camino o, como también se conoció, la calzada a Carrillo era un camino empedrado que comunicaba la depresión tectónica Central (Valle Central) con el Caribe costarricense por el Paso de La Palma, entre los volcanes Barva e Irazú.

Brooklin, aunque también se indica que algunos artefactos se pueden ubicar en Ecuador, Dinamarca y El Salvador. A pesar del deseo de su dueño porque la misma permaneciera unida, esto no fue respetado por sus albaceas tras su muerte en 1929 (Francisco Corrales, comunicación personal, 2011).

Gracias al interés del Museo de Brooklin por regresar parte de la colección y conservar únicamente el 10% de la misma, se concretó la repatriación de los bienes culturales con la intermediación del arqueólogo John Hoopes de la Universidad de Kansas, quien fungió como contacto entre dicha institución y el Museo Nacional de Costa Rica. Fue así como el pasado 20 de septiembre llegó al país el primer lote compuesto por 981 artefactos de más de 3000 que se pretenden entregar en los próximos 3 años. Para ello se requirió de un aporte económico muy importante para su transporte, seguros,

etc., el cual fue brindado por el Instituto Nacional de Seguros.

El Museo Nacional de Costa Rica, Cuartel Bellavista, tiene una exhibición llamada "De vuelta a casa" donde se muestran 152 de los artefactos, ésta durará hasta enero del 2012, y constituye un muestrario de la cerámica devuelta, principalmente monocroma, procedente de todas las regiones arqueológicas del país, con énfasis en la Central y dentro de ésta, la subregión arqueológica Caribe; enfatizando posiblemente en contextos asociados con el complejo El Bosque y la fase La Cabaña.

Dicha exhibición ha buscado resaltar, más que la colección en sí, las razones por las cuales la misma salió del país, el papel que tuvo en la economía y otros ámbitos el empresario Minor Keith, así como el hecho histórico que representa el que por primera vez una instancia extranjera decidiera devolver volunta-

Figura 2
Ejemplo de las vitrinas que contienen artefactos pertenecientes a la colección Keith



Fotografías: Natalia Villalobos, 2011

riamente al país una colección tan numerosa e importante. Esto da esperanzas de recuperar otras colecciones, aunque esa tarea no es fácil a nivel legal, diplomático ni económico.

El Museo Nacional ha querido generar reflexiones en torno a esta devolución, y es así como se realizaron 2 ciclos de conferencias el pasado 8 y 22 de noviembre del año 2011, en donde se trataron temas como la contextualización socioeconómica de la época de construcción del ferrocarril y la figura de Minor Keith, a cargo de la Lic. Myrna Rojas; sobre el coleccionismo en Costa Rica y el papel de los huaqueros, anticuarios y arqueólogos a finales del siglo XIX e inicios del XX, por el Dr. Francisco Corrales; las investigaciones más recientes en el sitio Las Mercedes, por M. A. Ricardo Vázquez y la práctica del saqueo, trasiego y tenencia de bienes culturales, luego de Keith, en el Caribe Central por la autora de la reseña. Lo anterior permite exponer a colegas y público en general información necesaria más allá del artefacto, lográndose la difusión del conocimiento y, por ende, uno de los principales objetivos que debe tener la arqueología: ser una ciencia social que busque integrar e informar a la sociedad civil sobre sus avances.

Sin embargo, a la luz de esta gran devolución de bienes patrimoniales, los

científicos pueden plantearse varias preguntas y una de las más importantes sería: ¿Cuán pertinente es destinar grandes sumas monetarias a la recuperación de colecciones, en lugar de consignarlo a la investigación de los contextos arqueológicos?. Aunque las colecciones son importantes porque aún se puede obtener gran información en la tecnología empleada en la manufactura de los objetos o artefactos –por poner un ejemplo–, nunca se prescindirá de realizar investigaciones; sólo así se conocerá el pasado que nos precede; como se mencionó en el ciclo de reflexiones “los artefactos son como las ilustraciones de un libro, pero el texto lo constituye el contexto, por más importantes y hermosas que sean las primeras es preciso que nos cuente la historia completa, lo cual sólo se puede lograr haciendo investigación científica” (Vázquez, comunicación personal, 2011).

A los lectores se insta, finalmente, a que visiten la exhibición y busquen informarse de forma crítica sobre lo que observan y lo que eso representa tanto a nivel histórico, como en los retos en el presente. A los científicos y encargados de la gestión del patrimonio se les invita a abrir mayores espacios de discusión con respecto a lo que se está haciendo, a buscar una difusión adecuada y accesible para el público en general, y el necesario seguimiento de los sitios

arqueológicos luego de su registro y/o excavación.

Bibliografía

Aguilar, M. (2010). *De barretas y palas, a licencias y repisas un acercamiento a la práctica del saqueo, trasiego y tenencia de bienes arqueológicos en Costa Rica*. Tesis para optar por el grado de Magíster Scientiae en Antropología. Universidad de Costa Rica. San José.

Bákula, C. (2008). "El tráfico ilícito de bienes culturales en América Latina y el Caribe". [En red]. Disponible en: www.ArqueologíaInvestigacionesInvestigadoresRevistasMuseosEducaciónBinacionalForosClose

Fonseca, E; Botey, A. M.; Muñoz, M; Pérez, H.; Viales, R. (1997). *Texto estudios sociales 6. Serie Hacia el siglo XXI*. San José: Ministerio de Educación Pública, Universidad de Costa Rica.

Hartman, C. W. (1901). *Archaeological researches in Costa Rica*. Stockholm: The Royal Ethnographical Museum.

Hartman, C. W. (1991). *Arqueología costarricense*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.

Murillo, C. (1994). *Tirando línea forjando identidades de hierro y humo. La construcción del ferrocarril al Atlántico 1870-1890*. Tesis para optar por el grado de Magíster Scientiae en Historia. Universidad de Costa Rica. San José.

Stewart, W. (1967). *Keith y Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica.

Stone, D. (1966). *Introducción a la arqueología de Costa Rica*. San José: Museo Nacional de Costa Rica.